

Reseña de: Díaz-Marcos, Ana María (ed.). *Escenarios de crisis: dramaturgas españolas en el nuevo milenio*. Sevilla: Benilde Ediciones, 2018.

<http://editorial.benilde.org/libros-descargables/>

Eva GARCÍA-FERRÓN  
Universidad de Alicante

Ana María Díaz Marcos nos ofrece un trabajo extenso, abarcador, a todas luces necesario y que se pone a disposición de todas/os en edición digital. Su propósito es formulado de modo contundente transcurridas solo unas páginas: «esta antología de dramaturgas supone un acto de intervención feminista inspirado en el convencimiento de que el cambio y la paridad no se exige, sino que se crea» (32). Las obras de las quince dramaturgas contemporáneas son el corazón, la razón de ser de esta publicación; el hecho de que once de ellas sean piezas inéditas y únicamente cuatro hayan sido estrenadas confiere enorme interés a la antología, tanto para profesionales de la escena como para investigadoras/es o amantes del teatro. Si tal atractivo no fuera suficiente, la introducción, un análisis pormenorizado y fundamentado en una exhaustiva bibliografía sobre cuantos aspectos se relacionan con el protagonismo de las mujeres en el teatro español contemporáneo, proporciona a quien se aproxima al volumen un marco iluminador para acceder a los quince textos dramáticos.

«Queremos dejar de ser el muñeco sentado en las rodillas del ventriloquo». Esta cita de la narradora y dramaturga argentina Griselda Gambaro que precede al epígrafe «Visibilizar a las dramaturgas españolas» sintetiza el sentido último de esta publicación: mostrar la importante y creciente presencia de las autoras, el empuje de su tarea en todas las áreas del hecho dramático. No

responde ya a la realidad de nuestros días la afirmación de Patricia O'Connor sobre el canon teatral español en los años 90, que era «una fortaleza cerrada de hegemonía masculina» (23), pero sigue siendo una tarea inconclusa el logro de la visibilización. El público teatral más numeroso son mujeres que acuden a representaciones de teatro escrito, dirigido y gestionado sobre todo por hombres. Siendo ambas cosas, es más una cruda realidad que una triste paradoja. Superar esta infrarrepresentación pasa por la visibilización, y esta última será el efecto principal de la cesión de sus obras por parte de estas quince dramaturgas para su edición digital y no venal, que repercutirá –no es arriesgado aventurarlo– en una amplia difusión de estos textos. Puesto que en el planeta existen 577 millones de lectores potenciales de nuestra lengua, la ciberedición de teatro contemporáneo facilita extraordinariamente su difusión internacional. La parte de la introducción titulada «Teatro contemporáneo y mundialización» subraya el esperanzador panorama que se abre en este sentido, dado que estas piezas ofrecen respuestas (y arrojan preguntas) a conflictos y temas universales, que apelan a una comunidad global.

Junto a los dos ya mencionados, la introducción contiene otros cinco apartados sugestivos, entre los que destaca el que da título a la antología: «Escenarios en crisis». El término *crisis* habita entre nosotros, impregna el discurso, salpica la historia y la intrahistoria de todos y de cada cual, es crisis económica, «de valores», cultural y, naturalmente, crisis del teatro. Si esto último por una parte hace que, como explica Juana Escabias, «para las compañías, encontrar un escenario o conseguir una función [sea] una hazaña» (41), por otra se materializa en las obras a través de una puesta en escena de los conflictos que huye de aleccionar y opta por formular preguntas al/a la espectador/a para que se involucre y examine sus convicciones. Las metáforas que construye Díaz Marcos para expresar la conexión de las piezas seleccionadas con el escenario de crisis son bellas y eficaces: «Las dramaturgas españolas contemporáneas producen un teatro que está en alerta, como ellas mismas» (47), «un teatro que se nutre entre escollos» (49).

La sección «Teatro para leer: propuestas para un ágora/aula digital» ahonda en un asunto que no pierde vigencia y que nos incumbe especialmente: ¿leer textos teatrales es una actividad que menoscaba en cierta medida su entidad?, ¿o es valiosa porque invoca las capacidades del lector con competencia dramática y activa resortes distintos a los que pone en marcha la representación

teatral? El texto literario teatral, la escritura y la edición, merecen «respeto y fidelidad» (61) para dramaturgas como Paloma Pedrero, Carmen Resino o Carmen Romero. Juan Mayorga se suma a esta línea incidiendo en el potencial educador de la lectura dramática: «El teatro pide, de forma natural, leer a varias voces: leer en comunidad. [...] Ese espacio crítico y utópico que empieza en el texto dramático y se prolonga en el escenario no puede ser desaprovechado por la escuela» (62).

Oportunamente, dedica Ana María Díaz unas líneas de su introducción al documental *Teatro en cualquier sitio. En cualquier sitio, teatro*, estrenado en 2014. Con guion de Carmen Bonet y realización de Manuel Armán, este trabajo muestra cómo numerosos montajes contemporáneos sortean la precariedad de medios con estrategias similares: búsqueda de espacios alternativos, propuestas minimalistas, arriesgadas, formatos breves y una labor encaminada a conducir a las representaciones a todo el público potencial. Iniciativas de este tipo son una manera ingeniosa y valiente de enfrentar la crisis. La última parte de la introducción del volumen que nos ocupa, «Respuestas dramáticas a la crisis», reúne la visión personal de cada una de las dramaturgas sobre la relación entre teatro y crisis. Sus respuestas, variadas en fondo y forma, completan convenientemente el estudio de la antóloga, puesto que trascienden los límites del término *crisis* y dibujan un certero retrato de la escena (teatral, social) de nuestros días. Estas palabras de Yolanda García Serrano lo ilustran: «En mi experiencia, la vida y el teatro están tan entrelazados como una enredadera trepando por el tronco de un árbol. No distingo la una sin el otro. Es vida trepando por la vida. Y estos momentos de crisis, en realidad años de crisis, los recibo como una lluvia ácida que intenta destrozarme y hacer que se pudra. Pero gracias al quehacer teatral, las raíces están agarradas con tanta fuerza bajo la superficie de la tierra, que espero florecer después de la tormenta» (93-94).

El libro es voluminoso (valga este término aplicado a la ciberedición) y está impecablemente escrito. Todas sus partes merecen una lectura atenta, porque incluso la introducción, que es un texto académico fruto de una investigación rigurosa, resulta de lectura amena, entre varias razones porque el texto aparece moteado de citas oportunas y hermosas sobre cuanto se va exponiendo. Sumemos a ello que los temas no quedan cerrados, sino que la antóloga recoge posturas y argumentos y propone al/a lector/a nuevas vías

de reflexión. Por descontado, los textos dramáticos de las autoras están en consonancia con este enfoque en tanto que proporcionan una cosmovisión diferente; multiplicar las miradas es el mejor modo de mirarlo todo y abarcarlo con equidad y verdad: «Estos textos no constituyen propuestas efímeras ni de consumo fácil, rezuman una visión humanista trascendente», son proyectos que «perturban e indagan en nuestro presente» (55). Incomodar al/a la espectador/a es probablemente el modo más efectivo de obligarlo/la a reconocerse, y por ende a actuar para posibilitar algún cambio, primero en sí mismo/a y después en el sistema. La desobediencia que enarbolan algunos personajes de estos textos es, como lo ha sido a lo largo de la historia, un eficaz instrumento para reivindicar su dignidad.

El talento que emana de estas quince obras literarias debe ponerse en contexto: consideremos que estamos ante «teatristas» (31), es decir, mujeres muy activas en el ámbito dramático pero también literario, académico y docente. Las autoras cubren, por edad (las fechas de nacimiento van desde 1941 hasta 1983), un amplio espectro de la historia reciente y el presente de nuestro teatro. Puesto que en estas páginas no podemos referirnos, siquiera superficialmente, a las quince piezas, evitamos también aludir solo a alguna/s de ella/s, porque las omisiones resultarían injustas. La antóloga apunta que, si bien no planteó una temática concreta para las contribuciones al volumen, varias de las obras coinciden al abordar desde diferentes ángulos el ejercicio del poder, la violencia y la exclusión. Cuando explica este hecho, Díaz Marcos afirma algo que compartimos sin la menor sensación de sobreestimar el arte escénico: «el teatro puede actuar como correctivo del poder» (76).

La destacada aportación que supondrá este volumen para la difusión y el conocimiento del teatro español contemporáneo escrito por mujeres podrá calibrarse más adelante, con la perspectiva que nos regale el tiempo. Entretanto, sirva esta rotunda aseveración de la dramaturga Beth Escudé i Gallès, al ser preguntada por el valor del teatro en el presente contexto de crisis global, para alumbrar la espera: «Concedo al teatro el valor máximo en cualquier coyuntura».